

# TORROELLA DE MONTGRÍ EN LA PRIMAVERA DEL AÑO 1396

Del 19 de abril al 19 de mayo de 1396 Torroella de Montgrí fue teatro de acontecimientos dramáticos y capitales. La villa constituyó la última residencia del rey don Juan I, que pasó en ella este último mes de su vida (a excepción de los días 28 de abril a 4 de mayo, que estuvo en Figueras), el más amargo de su reinado. Pocos días antes de llegar a Torroella el Rey había recibido, en Perpiñán, su ciudad natal, una comisión de los jurados de Valencia que le leyó un memorial de agravios en el que, con toda valentía y la más directa crudeza, se le denunciaba su mal gobierno, se acusaba a sus consejeros de toda suerte de injusticias, inmoralidades y robos y se ponía de manifiesto la miseria del Rey, cuya hacienda estaba exhausta y por ello tenía que vivir de fiscalías y de implorar a sus vasallos, hasta tal punto —decían los mensajeros de Valencia— que muchas veces el despensero real no tenía con qué comprar los alimentos para la corte y con frecuencia don Juan era el único que podía comer carne en la mesa regia.

Al llegar a Torroella don Juan recibió otra embajada similar, la de los «consellers» de la ciudad de Barcelona que le denunciaban que habían sabido que cierto mercader lombardo, Luquí Scarampo, hecho ciudadano barcelonés a ruegos de la Reina, y a quien el monarca había confiado la administración de cuantiosas rentas, que se habían evaporado, acababa de cerrar un trato con compañías armadas francesas que merodeaban por las cercanías de Aviñón a fin de que entraran en Cataluña y le desposeyeran de sus reinos. Añadían los «consellers» barceloneses que sabían que estos tratos de Scarampo se habían llevado a término con la complicidad de los consejeros reales en los que más se fiaba el monarca, y le decían, irrespetuosamente, que ahora podría darse cuenta de que él, el Rey, «estaba regido y gobernado»; y le rogaban que fuera a Barcelona prestamente a fin de afrontar la peligrosa situación, ya que se encontraba en Torroella «flacamente acompañado». Consta que a fines de abril Juan I tenía a su lado, en Torroella, a Juan de Vallesca, al camarlengo Eimerich de Centelles, al mayordomo Aznar Pardo de la Casta, a sus ujieres de armas Francesch Sagarriga y Bernat Margarit (el abuelo del famoso cardenal y obispo de Girona), al maestre de Montesa Berenguer March, al vizconde de Rocabertí, a Eximén Pérez de Arenós, a Huch d'Anglesola y algunos pocos más funcionarios de la Cancillería, ya que la mayoría de los oficiales, cortesanos y domésticos reales se habían quedado en Perpiñán con la reina, doña Violante de Bar.

Es algo sorprendente lo que ocurrió ante la concreta y grave denuncia de los «consellers» de Barcelona. El Rey reaccionó indignado contra éstos, conven-



Representación de la Torroella medieval con su recinto amurallado.

cido de que se trataba de una calumnia contra sus consejeros más adictos y contra el mercader Scarampo, al que pocos días después reconocía deber grandes sumas y concedía nuevas prebendas. En vez de informarse si era cierto lo que los regidores de Barcelona le habían expuesto, Juan I enviaba a la ciudad condal a tres de sus más adictos consejeros: al gobernador de Cataluña Ramón Alamaný de Cervelló, al jurista Iohan Despiá y a su secretario Bernat Merge, el gran escritor. Estos tres miembros del consejo real se trasladaron rápidamente a Bás cara, a Gerona y a Barcelona, donde llegaron el domingo 30 de abril y abrieron una feroz encuesta contra los «consellers» de Barcelona, amenazándolos con confiscaciones y torturas, a fin de averiguar de donde habían sacado las noticias que se habían atrevido a exponer al Rey y a divulgar a otras ciudades, procurando en todo momento desviar la culpabilidad de Scarampo, con el cual, como se supo poco después, los consejeros de Juan I estaban en turbias relaciones económicas.

El lunes 8 de mayo la reina Violante de Bar se había reunido con su marido Juan I en Torroella de Montgrí. Mujer intrigante y dominadora, no toleraba

que nadie se atreviera a poner en duda la honradez y fidelidad de los miembros del consejo real; y al punto comenzó a desplegar su diplomacia con la finalidad de acallar las graves denuncias. Alamany de Cervelló, Desplá y Bernat Metge son animados por los monarcas para que procedan con rudeza contra los «consellers» de Barcelona, ciudad en la que reina una atmósfera de terror e indignación, al paso que de todos los reinos de Juan I van llegando cartas a Torroella pidiendo al Rey que se prepare a cortar la inminente invasión desde Francia y que no se fie de sus consejeros, que le están traicionando y quieren desposeerlo de la corona. Pero ni don Juan ni doña Violante hacen caso a estas peticiones, y responden a aquellas cartas afirmando que no existe peligro alguno y que lo que se ha dicho de Luquí Scarampo y de los consejeros reales son calumnias sin consistencia de verdad.

El 17 de mayo Bernat Metge hace una rápida visita a los reyes en Torroella, y se vuelve a Barcelona con una carta para sus compañeros Alamany de Cervelló y Desplá en la que el Rey se muestra indignado por la pereza y blandura con que proceden en su encuesta y les exige que hagan nuevos interrogatorios, por todos los medios que permite la justicia (clara alusión a la tor-



Palacio real «El Mirador», donde residió Juan I en 1396.

tura) y que procedan «áspera y rudamente»; y les amenaza con que, si obran negligentemente o reparan en amistad o favor, perderán su gracia y su merced y sentirán el castigo en sus cuerpos y en sus bienes.

Pero apenas ha salido Bernat Metge de Torroella en dirección a Barcelona, algo ha ocurrido que ha hecho caer la venda que los Reyes tenían en los ojos. Pocas horas después de la carta anterior, Juan I escribe otra a Ramón Sagarriga, gobernador del Rosellón y de la Cerdeña, ordenándole que permanezca en su puesto porque ha tenido noticia que compañías extranjeras van a invadir Cataluña. Al día siguiente, el 18 de mayo, la reina Violante envía a Guillem de Copons a Aviñón, a la corte del Papa, Benedicto XIII, y a grandes señores de Francia, para averiguar a favor de quien pretenden combatir las compañías francesas dispuestas a entrar en Cataluña. Es decir, ahora, al cabo de un mes, Juan I y doña Violante hacen lo que tendrían que haber hecho desde que recibieron las denuncias de los «consellers» de Barcelona: averiguar qué fondo de verdad había en ellas y no dedicarse a torturar implacablemente a vasallos que, al fin y al cabo, habían procedido lealmente.

Guillem de Copons no pudo realizar las embajadas que tenía encomendadas. Apenas había salido de Torroella se enteraría de la súbita muerte de Juan I. Este rey murió el viernes 19 de mayo de 1396, a hora de vísperas, haciendo el camino de Torroella a Gerona, en las inmediaciones del castillo de Foixá. Murió repentinamente y sin confesión, como dicen los textos inmediatos. Luego se dirá que de una caída de caballo mientras cazaba, lo cual sin duda es una mentira piadosa. Era tal la miseria de la corte que no había dinero para el túmulo y cirios con que trasladar su cuerpo a Barcelona, y hubo que empeñar una imagen de oro para conseguirlo. La suerte del alma de Juan I preocupó a sus vasallos, y dos de sus amigos y consejeros, excelentes escritores, se apresuraron a escribir obras en las que se hace constar que el Rey estaba en el Purgatorio: Bernat Metge, en su maravilloso diálogo titulado *Lo somni*, y Ramón de Perellós, vizconde de Perellós y de Roda, en su *Viatge al Purgatori*.

¿Por qué la muerte de Juan I coincide exactamente con el momento en que el Rey se dió cuenta de que lo habían traicionado sus más íntimos consejeros? ¿Por qué este empeño en querer divulgar que el alma de Juan I estaba en el Purgatorio? Este es un enigma de nuestra historia que guardan celosamente la villa de Torroella de Montgrí y las inmediaciones del castillo de Foixá.

MARTIN DE RIQUER

Catedrático de Literaturas Románicas  
de la Universidad de Barcelona